

Una mujer grande ¡dónde se ha visto! Tocar la guitarra, cantar, para colmo de los colmos le gustaba el folklore, donde abundan los "negros baratos" a los que no les gusta el trabajo, porque si les gustara no tendrían tiempo para esas idioteces. Y encima con humos de poeta, escribir...vaya desfachatez. ¿Quién tiene tiempo para escribir?... los vagos, los que no hacen nada, porque aquellos cansados de trabajar no tienen "neuronas" suficientes para sentarse a escribir. (Opinión que compartía toda la familia de Jesús María.)

Marta hacía unos días que había terminado de tejer la bufanda; estaba linda, no podía dudarlo, le había hecho dos filas de trenzas y quedaba muy varonil, elegante y firme. No como esas que se compran por allí, que se estiran demasiado y parecen una babita.

Era un viernes a la noche. Jesús iba a salir a caminar un rato, pero se quedó en casa, estaba calentito, en cambio afuera hacía mucho frío. Por fin se decidió, hablaría esa noche con Marta, le diría todo lo que no pudo decirle en 22 años. ¡Y era tanto lo que tenía que hablar! Eran las dos y media de la madrugada. Llevaba tres horas, casi cuatro, hablando sin parar. Se había sentado frente a ella, la miraba fijamente a los

ojos. Marta, con los suyos abiertos, enormes...no contestaba. Le arrebató de la mano derecha un papelito. Era un poema, se titulaba "Soledad". Lo leyó en voz alta.

*Hoy te escribo
a través de la impaciencia
que me da tu ausencia prolongada.
Yo no sé respirar sin tus sentidos,
ni andar, ni moverme para nada.
Cuando llegas y me aprietas
en tus brazos,
cuando escucho la alegría de tu canto,
cuando aunemos tu risa con mi risa,
recién comprenderás...
...¡Cuánto te amo!*

Cuando terminó de leer el poema, Jesús María se echó a reír con ganas. Dio un empujoncito a Marta, para que por fin fuera de una vez por todas su polichinela...su polichinela que se movía al ritmo que él quería.

¡Ja...ja...ja!

Mientras tanto, ella, con la bufanda violácea de lana trenzada, estaba...colgando de una viga del techo.

MARÍA LEONE *Escritora argentina que logró con este cuento el primer premio de la Dirección de Cultura de la Pcia. de Bs.As. y de la S.A.D.E. en 1989*

Correspondencia: Av. Santa Fe 1240

1640 - Martínez - Bs.As. Tel: 792 - 4744

EL
FRANCOTIRADOR
EDICIONES

Escritores recién publicados:

Marta de Arévalo
Carlos Adolfo Burgos
Cayetano Ferrari

Marina Villanueva

Mary Gallegos
Norberto García Judé
José - Ángel Gregorio

Director - propietario de la colección:

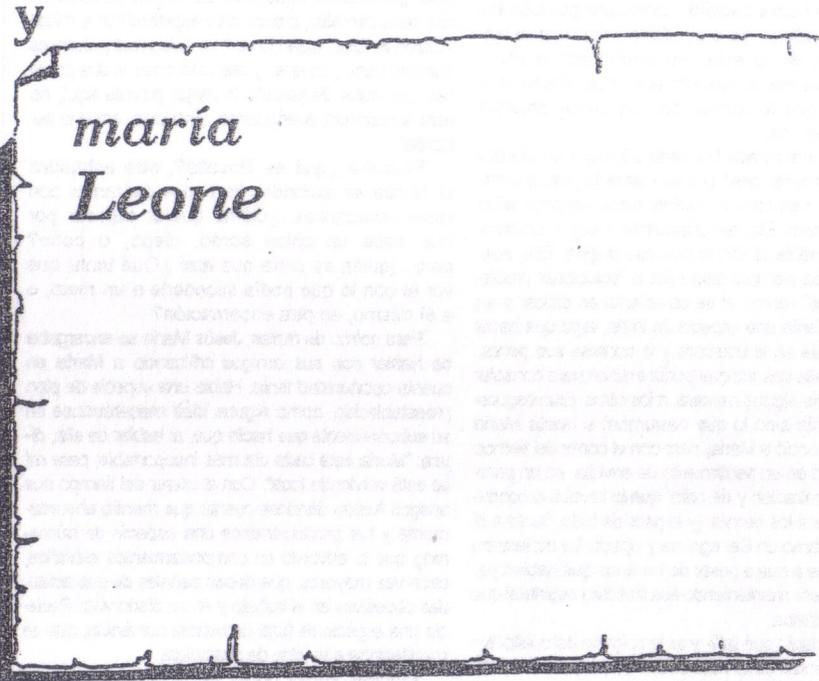
Carlos Pensa
Corrientes 2963, 1º "G"
1193 - Buenos Aires - Argentina
Tel. Fax: 863 - 2552 (las 24 hs.)

Distribución Mundial

La librería del
FRANCOTIRADOR
Santa Fe 2653 - Cap
Tel: 361-5362
Telefax 821-4671

39

todo es **Cuento**®



Coleccionable

Octubre de 1998

m.L.

LA BUFANDA

Jesús María sostenía en sus manos entumecidas la madeja violácea de lana trenzada que Marta, su mujer, devanaba para tejer una bufanda. Jesús estaba muy temprano por la mañana, debía caminar siete cuadras para llegar a la estación de trenes, donde uno de ellos lo armaría a su lugar de trabajo. El invierno parecía llegar muy frío, y esa prenda lo resguardaría más. Hacía rato que pedía a Marta le tejiera una violácea y bien larga; por eso, ahora que su esposa se había decidido, colocaba gustoso los brazos paralelos para ayudarla a fabricar el ovillo. Claro, él no estar acostumbrado a estos menesteres hacía que sintiera unos pinchacitos molestos que le corrían por los dedos abiertos como abanicos.

Jesús María miraba fijamente a los ojos de Marta y por un momento pasó por su mente la vida que habían llevado en común durante estos veintidós años de matrimonio. Ella, tan chispeante y alegre. En cambio él, no había tenido nunca esa alegría. Ella, además, estaba siempre dispuesta a "solucionar problemas ajenos" -como él se complacía en criticar a su esposa-. Tenía una especie de imán, algo que hacía que la gente se le acercara y le contase sus penas. Había en ella una luz que podía irradiar para consolar o ayudar, de alguna manera, a los otros. Esto seguramente había sido lo que deslumbró a Jesús María cuando conoció a Marta, pero con el correr del tiempo se convirtió en un sentimiento de envidia, en un paralelo de admiración y de odio, que lo llevaba a conducirse frente a los demás (y lo peor de todo, frente a sí mismo), como un Ser egoísta y opaco. Le molestaba sobremanera que a pesar de los años que habían pasado siguiera manteniendo esa frescura espiritual que la caracterizaba.

-Hola papi ¿qué tal? - y se le colgaba del cuello. No podía entender tanta naturalidad ¡ere insultante! Además ella podía hablar de temas como amor, sexo, infidelidad, como si nada; en cambio a él eso lo espantaba, eran temas prohibidos que no se comparten de ningún modo. Así lo habían educado y no se puede pensar distinto.

Marta cometió el error más grande que puede cometer mujer alguna con el marido: quiso cambiarle la vida, quiso sacarlo de la rutina en la que se sentía tan cómodo. Quiso que creciera.

¡Qué ridícula! De lunes a viernes trabajar, llegar a casa, bañarse, mirar un rato televisión mientras se come algo... y a dormir. Los sábados y domingos, algún paseo corto, dormir la siesta inexorablemente para reponer fuerzas;

seguir mirando televisión y hablar de temas cotidianos. En cambio ella quería ir a ver una buena película, visitar algún museo, compartir otros momentos con gente distinta... "que lo único que hacían era hablar de disparates".

Para él, los únicos temas importantes eran trabajo, fútbol, política. Lo demás era absolutamente inútil.

Ella hablaba continuamente de crecer, ¿crecer en qué?, si uno llegó a grande ya creció. ¿Cómo podía creer que hubiese otros planetas habitados, fenómenos paranormales, crecimiento espiritual? ¡ir a misal! ¿Quién es Dios, quién lo vio? Lo único real y cierto es que uno nace y muere... y después chau, a otra cosa, hay que tratar de pasarlo lo mejor posible aquí, no estar indagando, averiguando. ¡Estúpida, era una estúpida!

Filosofía ¿qué es filosofía?, otra estupidez en la cual se esconden barbudos delirantes con ideas comunistas. ¿Cómo querer explicar por qué nace un chico sordo, ciego, o bobo? pero... ¡quién se creía que era! ¿Qué tenía que ver él con lo que podía sucederle a un nieto, o a él mismo, en otra encarnación?

Para colmo de males, Jesús María se encargaba de hablar con sus amigos criticando a Marta en cuanta oportunidad tenía. Había una especie de plan preestablecido, como alguna idea macerándose en su subconsciente que hacía que, al hablar de ella, dijera: "Marta está cada día más insoporrible; para mí se está volviendo loca". Con el correr del tiempo sus amigos fueron dándose cuenta que mentía absurdamente y fue produciéndose una especie de búme-rang que lo envolvió en comportamientos extraños, cada vez mayores, que daban señales de sus actitudes obsesivas en el trabajo y en su diario vivir. Padecía una especie de furia demencial contenida, que se manifestaba a la vista de cualquiera.

Muchas veces quiso Marta buscar soluciones para mejorar su relación de pareja, inclusive se había prestado en algún momento al juego pernicioso de su marido, tratando de encontrar ayuda psicológica. Él se negaba sistemáticamente a compartir ningún tipo de terapia, porque, decía a los demás "yo estoy fenómeno, la que tiene que arreglarse la sesera es ella". Así fue como en una oportunidad, hablando con su terapeuta, ella le contó que la noche anterior había dejado a su marido un pensamiento escrito en forma de poema, sobre la mesa de luz, esperanzada en que al leerlo reaccionara de la conducta agresiva que estaba teniendo cada vez mayor, en los últimos días.

La doctora quiso escucharlo, y Marta con lágrimas en los ojos, dijo:

*A veces pienso...
...cuando me niegas
un instante tu presencia
por motivos casi tontos,
por ninguna cosa sería,
que ni siquiera imaginas,
¡cuánto me quitas de amor,
cómo me duele tu ausencia!*

Jesús María tenía muchas veces ganas de pegarle para que se callase, era tan absurdo todo lo que hablaba... y además ella quería convencerlo... ¡Loca!, estaba sin ningún lugar a dudas, totalmente loca.

Recordaba cuando a principio del año pasado llamó por teléfono a la casa una licenciada para, una entrevistadora, en relación con un grave -según dijo- suceso familiar. Así corroboró lo que su mujer tantas veces le había insinuado: la menor de sus sobrinas sufría un desequilibrio tan serio que la había llevado a la esquizofrenia, producto de la forma en que vivía su familia. Pensó en el año 1981, cuando habían viajado a la provincia de San Juan para descansar allí unos días, aprovechando el feriado de Semana Santa, y llevaron a Laura con ellos. Se alojaron en la casa de unos amigos, una espléndida familia que estuvo de acuerdo con Marta en hacerle notar el comportamiento extraño de la joven. Casi no comía, otras veces se atragantaba y la encontraban poniéndose los dedos en la boca para vomitar todo lo qué había tragado, se quejaba de dolores de cabeza y constantemente tomaba aspirinas. Tenía la piel de color amarillento y pasaba el tiempo abstraída a pesar de que las hijas de este matrimonio hacían lo imposible para distraerla y llevarla a pasear.

Al tercer día de estar en la ciudad, se fueron todos desde la mañana muy temprano a Pismanta, un pueblo enclavado en la precordillera, donde el paisaje es magnífico y un único hotel da albergue a los visitantes que toman baños termales por la mañana y la tarde. Fue después del primer baño que Marta lo llamó desfavorida. Cuando se habían cumplido los quince minutos establecidos, entró en el lugar de la pileta donde se encontraba Laura para alcanzarle el toallón que había olvidado sobre el respaldo de la silla en la sala de descanso, y vio su cuerpo desnudo que parecía -según contó- un esqueleto con piel cubierto de un vello profuso y oscuro, en los hombros y la espalda principalmente.

Sí, él se daba cuenta de que su sobrina no estaba nada bien, pero lo que decía su mujer eran sin duda exageraciones de su mente inventora de cuentos.

La cuestión es que ahora se encontraba en

este tremendo problema... ¿y qué les parece que hizo Marta?... La protegió, la llevó a su casa. Cuando los médicos la internaron en una clínica de salud mental, iba cuatro veces por semana a verla: martes, jueves, sábados y domingos, se pasaba las tardes con ella, le llevaba regalitos y, para colmo de males, se atrevió a pagar la cuenta del sanatorio. Él, por supuesto, no lo hubiera hecho. Cómo podía ofender así a su hermana y a sus padres. Si la chica se moría, que se muriese ¿qué tenía que ver él con todo este asunto? Además, se molestó mucho cuando los profesionales le comentaron que Laura fue internada con treinta y seis kilos de peso -como si él fuera responsable de todo este lío-. A no olvidarse que su sobrina ya tenía veinticinco años y hacía diez que había comenzado a decaer, si su madre no pudo en todos estos años solucionar nada, bueno, paciencia.

Vaya uno a saber qué le habrán dado a tomar para que contara las intimidaciones de la familia: "que su mamá le había robado el marido a la prima hermana, que entonces el primo pasó a ser su padrastro y el abuelo, en vez de tío del primo, ahora era su suegro..." Y así una lista interminable de confusiones que, de llegar a oídos de alguien, podían hacer tambalear la opinión de la sociedad con respecto a su familia, que ya hacía más de cuarenta años que habitaba el mismo pueblo, en el Gran Buenos Aires... Y nadie, nadie, podía ni remotamente levantar un dedo para señalarles algo. Siempre tan de puertas cerradas; solamente conocidos circunstanciales, ni siquiera charlas de vereda con algún vecino, y a medida que pasaba el tiempo ésto se hacía más notable. La casa paterna con sus persianas pintadas de oscuro, siempre bajas, daban la imagen de una casa sin luz, habitada por fantasmas.

Para esta familia toda la gente era de sospechar, porque se opinaba que aquellos que tratan de relacionarse son siempre los de abajo (los de abajo materialmente), total, un negocio ¿quién lo va a proponer?... ¿el que tiene más?... no, sin ninguna duda no... ¿entonces, para qué van a querer ser amigos?... para pedir algo, seguramente. Si es así ¡mejor estar solos!

Y justo a esta familia llegó Marta, un tiro al aire que le gustaba estar con gente, gastar dinero, viajar, cambiar de ropa, salir todos los días... y qué además, hacía cuanto curso o cursito andaba suelto por Buenos Aires, para acrecentar su charlatanería. Porque no era más que eso, char-la-ta-nería.